



La exposición, inaugurada ayer, reúne varios de los paisajes que el artista cántabro pintó en sus viajes. JAVIER COTERA

LAS CLAVES

EL ARTISTA

Inquieto, polifacético, singular son algunos de los adjetivos que definen al creador

LA EXPOSICIÓN

El objetivo es rescatar la figura de este artista cántabro «para que no caiga en el olvido»

el que pintaba vestido con chaleco y corbata».

La exposición da cuenta de esa trayectoria a través de ocho secciones temáticas que recorren su vida y sus inquietudes. La primera, bajo el epígrafe 'Academia', reúne sus primeros trabajos; le siguen los retratos, entre los que destaca 'Blanca en el espejo', uno de los últimos que realizó y que fue concebido como regalo de boda para su secretaria. A continuación, el visitante se adentra en los paisajes de sus estancias italianas —Siena, Roma, Venecia, con especial atención a su paso por Rávena, cuya influencia resultó decisiva en su evolución pictórica.

Y es que los viajes fueron un elemento fundamental en la configuración de su estilo. En Milán quedó fascinado por la obra de Van Gogh, especialmente por su uso del color; en París, por la libertad de los fauvistas como Vlaminck, Matisse o Derain. A partir de esas influencias, su pintura se orientó hacia un fauvismo personal, caracterizado por una gran sencillez expresiva y una progresiva simplificación formal, en diálogo también con artistas italianos como Carrá, Casorati o Modigliani. Fue en la capital francesa donde encontró una estética propia, marcada por la libertad conceptual y una figuración que algunos han definido como «desfigurada».

El recorrido continúa con paisajes de París, Londres, Madrid y Castilla, hasta desembocar en Cantabria, donde su pintura adquiere un tono especialmente lírico. En sus últimos años, el Cantábrico emergió con fuerza en su obra, cerrando de algún modo el círculo de un artista que, pese a su carácter viajero, nunca dejó de mirar a su tierra de origen. Sus pinturas, en ese sentido, no son solo representaciones de lugares, sino espacios emocionales en los que confluyen memoria, experiencia y una mirada profundamente personal.

Barbé también tuvo palabras de agradecimiento al comité asesor de la muestra compuesto por Carmen Carrión, Francisco Díez, Manuel Vilches y Antonio Soler.

Tras su paso por Cantabria, la muestra viajará a Madrid y posteriormente a París y Roma, prolongando ese espíritu itinerante que definió tanto la vida como la obra de Fernando Delapunte.

El Parlamento se llena de color con la «pintura singular» de Delapunte

El patio del antiguo Hospital de San Rafael reúne, hasta finales de mayo, 36 pinturas de este artista en la exposición 'Memoria de un cántabro viajero'

ROSA M. RUIZ

SANTANDER. En 1923 y con tan solo 14 años, Fernando Delapunte (Santander, 1909/1975) pintó su primer cuadro: 'Paisaje de Nestares', una vista que sería la primera de una obra ingente que, como su autor, ha viajado por el mundo. Tras su muerte hace ahora cincuenta años, se encontraron 1.246 cuadros —406 en su estudio—, 36 de los cuales permanecen expuestos desde ayer en el Parlamento de Cantabria en una retrospectiva que lleva por título 'Delapunte: memoria de un cántabro viajero' y que se podrá visitar hasta finales de mayo. Ese paisaje infantil es una de las obras que se puede ver en esta muestra que recoge distintos momentos artísticos del pintor: sus inicios, sus estancias en Italia, París o Londres, sus retratos o distintas estampas de Madrid y Cantabria, como la 'Niebla en Cabo Mayor', que pintó en 1973, o 'Las praderas de Áliva en los Picos de Europa', del mismo año.

La exposición no solo recupere



María José González Revuelta, Luis Martínez Abad y Andrés Barbé. JAVIER COTERA

ra una trayectoria, sino también una figura que durante décadas ha permanecido en un segundo plano dentro del panorama artístico cántabro.

Ayer, durante la presentación de la muestra, fueron varios los calificativos que se utilizaron para definir al artista. La presidenta del Parlamento, María José González Revuelta, lo describió como «un creador muy viajero, inquieto, polifacético, singular y que nos acerca unas obras marcadas, sin duda, por el colorismo expresivo». En esa misma línea, subrayó el valor de la muestra como herramienta de difusión cultural: «Esperamos que, por medio de esta exposición, más ciudadanos conozcan los cuadros de este pintor cántabro, y con ello reali-

zamos una aportación más, en nuestro caso contribuyendo al conocimiento de la cultura cántabra contemporánea».

El consejero de Cultura, Luis Martínez Abad —su departamento colabora en la muestra— incidió en la necesidad de recuperar figuras como la de Delapunte «para evitar que caigan en el olvido», destacando la importancia de mirar hacia el propio patrimonio artístico con una voluntad activa de rescate y reconocimiento. En ese sentido, la exposición se plantea también como un acto de restitución simbólica: devolver a Delapunte al lugar que le corresponde dentro de la historia del arte regional.

El comisario de la muestra, Andrés Barbé, fue el encargado de

guiar la primera visita por un recorrido que, según recomendó, debe iniciarse en el sentido opuesto a las agujas del reloj —de derecha a izquierda— para comprender mejor la evolución vital y artística del pintor. Barbé lo definió como un artista «que supo vivir con intensidad y alegría», una actitud que se refleja en unas obras difíciles de encasillar. «Era sobre todo un expresionista que sabía dibujar», apuntó, subrayando esa combinación entre impulso creativo y dominio técnico que atraviesa toda su producción.

«Metódico y ordenado»

Esa dualidad tiene mucho que ver con su propia biografía. Delapunte no fue únicamente pintor, sino también ingeniero, una condición que influyó más de lo que podría parecer a simple vista. Tras estudiar ambas disciplinas en Madrid, obtuvo en 1944 la Cátedra de Dibujo de la Escuela de Ingenieros Industriales, a la que renunció ese mismo año para dedicarse por completo a la pintura. Sin embargo, su formación técnica dejó huella en su forma de trabajar: era metódico, ordenado hasta el extremo, y numeraba cuidadosamente cada una de sus obras, lo que ha facilitado la catalogación y recuperación de su legado. Su estudio, según recordó Barbé, «estaba siempre impecable, incluso decorado con flores, un espacio en